

LA VIDA Y LA ENSEÑANZA DE BUDDHA

Swami Paratparananda¹

1979

La vida de las grandes almas es como faro que ilumina la senda religiosa; pues esas almas son la ilustración misma de sus enseñanzas. No hay divergencia entre sus acciones y sus palabras. Es por eso que nos impresionan sus vidas aun después de miles de años. La vida espiritual no tendría ningún significado para el hombre si no tuviera ante sí esos vivos ejemplos de los dichos de las escrituras. Porque se pueden hallar miles de personas que expliquen las palabras de las escrituras, pero pocas que las demuestren con su propia vida, y sin esa demostración, esa prueba tangible, ese testimonio vivo, toda escritura quedará como literatura antigua, al igual que otras tantas, para el gozo de los intelectuales. Dice Sri Shankaracharia: "La elocuencia, la fluidez de palabras, la habilidad de comentar los textos sagrados, sirven como la erudición de los eruditos, para el goce, pero no nos llevan a la liberación."

Un aspirante a la vida espiritual necesita de muchas ayudas para mantener su mente en Dios. Tiene que tratar de dirigir todos sus sentidos hacia Él, y para eso hay que utilizar todos los medios posibles. Sri Ramakrishna aconsejaba: "Hay que guardar cuadros de santos en la casa. Los sentimientos divinos se despiertan por medio de esas imágenes. Es verdad que el sentimiento espiritual se despierta cuando uno mira la imagen de un sadhu. Es como recordar una chirimoya mirando una imitación de ella." En la India se sirve también del teatro como un medio de recordar a Dios, representando allí los acontecimientos destacados de las grandes personalidades espirituales o de los santos. Sabemos cuánto nos impresionan los espectáculos audiovisuales. El mismo método se ha usado en la India para despertar el sentimiento espiritual. Oyendo y viendo las representaciones de las vidas de los santos damos a la mente un tema que no la distrae de su meta. Otro medio que está al alcance de todo aspirante es el estudio de las vidas de los grandes maestros espirituales, no para aumentar nuestro conocimiento intelectual, sino para que nos sirva de guía en nuestro camino, pues el hombre es siempre propenso a equivocarse, confundir los valores y engañarse. Reflexionando sobre la conducta y comportamiento de esas almas elevadas en las distintas circunstancias de sus vidas, podemos darnos cuenta cuando nos desviamos del sendero. Además, todos esos medios que hemos mencionado, ayudan a mantener la mente en un único tema, Dios, y cómo llegar a Él. Por estos medios brindamos a la mente temas

¹ Swami Paratparananda fue el líder espiritual del Ramakrishna Ashrama, Buenos Aires, Argentina y del Ramakrishna Vedanta Ashrama, Sao Paulo, Brasil (1973-1988).

variados, a los que ella siempre es tan propensa, y al mismo tiempo le impedimos que piense en el mundo objetivo, en los placeres.

Por eso, aunque nos hemos referido a la vida de Buddha en otras ocasiones, vamos a estudiar algunos acontecimientos de esa gran y noble vida.

Buddha nació alrededor de seis siglos antes de Cristo, heredero del reino de los Sakhias, en el norte de la India. Su padre Shuddhódana, averiguó acerca de su futuro con los astrólogos y llegó a saber que el niño había nacido bajo buenos signos del zodiaco y que sería imperador de vastas tierras si subía al trono o renunciaría al reino, las comodidades y a todo y llegaría a ser un gran salvador de la humanidad. El rey, como casi todos los padres en el mundo, estaba ansioso por ver al hijo como un monarca poderoso, y desde su misma infancia lo fue preparando para este propósito y cuando alcanzó la juventud lo rodeó con toda la clase de comodidades con que pudo proveerlo: un palacio para el verano, y otro para el invierno, con todos los goces materiales imaginables. Además, con sumo cuidado arreglo todo de modo que ningún tipo de sufrimiento del mundo apareciera ante su hijo. El hombre se aferra con mucha tenacidad a sus bienes, parientes y otras cosas, aun sabiendo que todo es transitorio; por consiguiente le cuesta, le duele, apartarse de ellos. Shuddhódana trató de esta manera mantener enredado al hijo en el mundo; lo casó con una hermosa princesa con quien Siddhartha - el nombre de Buddha antes de su iluminación - tuvo un hijo. Pero todo eso, llegada la hora, no pudo impedir a éste abandonar el mundo.

Sucedió que cierta vez, Siddhartha, deseando ver al mundo como realmente es, salió para ver la ciudad con el permiso de su padre, quien había ordenado a los ciudadanos tener cuidado de no dejar caer a la vista de su hijo ningún enfermo o viejo, como así también que nadie quemase ningún cadáver hasta avanzada la noche ese día. Por consiguiente, cuando el Príncipe salió en su carruaje vio por todas partes sólo escenas placenteras: los súbditos dándole la bienvenida con alegría, lo que le hizo muy feliz. Pero de repente aparece en el camino, arrastrándose de su choza, un viejo, en harapos, de piel arrugada como si estuviera colgada de los huesos, encorvado, sin dientes, y de ojos legañosos. En una mano llevaba un bastón para soportar su forma temblorosa y con la otra apretaba sus costillas de donde salía la respiración convulsivamente. "Gente piadosa, dadme limosna, pues puedo morir mañana o pasado," gimió el hombre. Los otros lo sacaron a empujones, diciéndole: "El Príncipe te está mirando, vete a tu choza." Pero Siddhartha, que ya había notado su presencia, dijo: "Déjenlo," y dirigiéndose a su auriga, preguntó: "Channa, ¿qué es eso que se parece a un hombre, pero que sólo se parece, ya que es tan encorvado, tan miserable, tan horrible? ¿Nacen los hombres, de esa manera algunas veces? ¿Qué quiso decir él gimiendo 'mañana o pasado voy a morir'? ¿No consigue alimento suficiente que le sobresalen los huesos? ¿Qué mal ha padecido este miserable?" Contestó Channa: "Querido Príncipe, este es un viejo; sesenta años atrás tenía una

forma derecha, ojos brillantes y cuerpo sano. Ahora los años le han robado la savia, saqueado su fuerza, voluntad e inteligencia. La lámpara no tiene más aceite, la vida que le resta es una chispa que está por apagarse: así es la vejez. ¿Por qué se preocupa Ud.?" "¿Pero, - insistió el Príncipe - sucederá esto con otros o con todos, o es un caso raro?" "Señor, sucederá así con todos estos si llegan a vivir tanto tiempo." "¿Acontecerá esto conmigo, con mi esposa Yashódhara y los demás si ellos alcanzan esa edad?" "Si, señor," contestó Channa. "Llévame de vuelta a casa, he visto lo que no había pensado que vería." Pasó la noche entera en vela pensando en ese triste fenómeno que ataca a todo el mundo.

Al día siguiente pidió permiso al rey para salir de incógnito y ver la vida diaria de los ciudadanos en su realidad, diciéndole que si él, Siddhartha, era el más querido del rey y del reino, entonces deberla conocer a la población, sus alegrías y tristezas, sus costumbres y deberes diarios. "Volveré más contento a mis jardines placenteros, aunque no satisfecho del todo." Consiguiendo el permiso del rey, Siddhartha sale con Channa, disfrazado de comerciante, y ve la vida cotidiana de la gente. Recorrió un buen trecho sin ningún incidente significativo, pero de repente oyó un gemido pidiendo socorro: "¡Socorro, señores, levántenme o voy a morir antes que llegue a casa!" Un pobre infeliz, cuyo cuerpo atacado por alguna enfermedad estaba tirado al lado del camino, y se retorció de dolor, trataba de levantarse asiéndose del pasto, pero pobre hombre, sus fuerzas no daban y caía. Lanzaba gritos de agudo dolor pidiendo ayuda.

Siddhartha corrió hacia él, lo levantó con sus tiernas manos y mirándolo con cariño y apoyando la cabeza del hombre sobre su rodilla le preguntó: "Hermano, ¿de qué padeces? ¿Por qué no puedes levantarte?" Luego, dirigiéndose a su compañero, dijo: "Channa, ¿por qué este hombre jadea y gime, y suspira tan lastimeramente?" Replicó el auriga: "Señor, este hombre está atacado por una enfermedad mortal, por consiguiente, la sangre que corría antes en sus venas ahora está hirviendo, su corazón no funciona bien como antes, no tiene fuerza en los músculos, toda la gracia y alegría ha huido de él. Es un enfermo. Vea cómo se retuerce de dolor. Quizá muera dentro de poco, pero no va a morir hasta que la peste le haya destrozado los nervios. No es bueno que Ud. lo tenga así. El mal puede pasarle y atacarle a Ud." Pero el Príncipe, todavía soportando y confortando al hombre dijo: ¿Y hay otros? ¿Puede suceder eso conmigo también?" "Mi buen señor, esto llega a todos los hombres en formas diferentes." "¿Atacan esos males sin que nos demos cuenta?" inquirió Siddhartha. Contestó Channa: "Llegan deslizándose como la serpiente, como el tigre en el bosque se lanza sobre su presa desde su escondite o como el relámpago que cae sobre unos y deja libres a otros." ¿Entonces todos los hombres viven con miedo?" "¡Así es, señor!" "¿Y nadie puede decir: 'Duermo feliz y sano esta noche y así me levantaré?'" "No, nadie puede afirmarlo." "¿Y el final de todos los dolores es un cuerpo roto, una mente triste y la vejez?" "Así es, si los hombres

llegan a vivir tanto tiempo.” “¿Qué sucede cuando no pueden soportar más los males, llegando a ser más y más viejos?” - “Mueren”. - “¿Mueren?” “Sí, al final llega la muerte, en cualquier forma, a cualquier hora. Algunos mueren jóvenes, otros viejos, pero todos tienen que morir. He aquí que llega un muerto.” Levantando sus ojos Siddhartha vio a algunos hombres que iban a la orilla del río llevando un cadáver, y otros que llorando lo acompañaban. Colocaron al muerto en la pira y la encendieron. Pronto el cuerpo quedó reducido a un puñado de cenizas y algunos huesos. “¿Es ese el fin que llega a todos los que viven?” preguntó Siddhartha. “Así es, sanos y enfermos, buenos y malos, todos mueren. De la muerte nadie se salva.”

Comenzó entonces Siddhartha a sentir un amor indescriptible por el mundo sufrido, preso en la red de muerte y miseria, de repetidos sufrimientos. Tomando la resolución de buscar una salida de este laberinto, volvió a su palacio para despedirse de sus queridos en silencio. Aquella noche, cuando todos estaban sumergidos en el sueño, salió del palacio con la idea de encontrar una solución a ese problema de la vida y de la muerte, no tan solo para sí mismo sino para el mundo entero. Abandonó todo lazo mundano por amor a los mismos parientes y a todos sus semejantes, conocidos y desconocidos.

El buscador de la Luz debe comenzar su búsqueda abandonando lo placentero. Conforme a la antigua costumbre Buddha adoptó la vida de asceta, se vistió de túnica amarilla, mendigó su comida de casa en casa por las calles de los pueblos. Trató de hallar el reposo espiritual en la filosofía, pero no logró mucho éxito. Luego lo intentó por el método de la mortificación. Acompañado de cinco amigos se retiró a un lugar solitario en los bosques de Uruvela y allí se dedicó a los ayunos y otras mortificaciones de sumo grado. Tampoco pudo lograr solaz en eso, pues la Verdad estaba tan lejos como antes. Estaba desesperado y un día casi se muere, habiéndose desmayado de cansancio y hambre. Sin embargo la Verdad todavía era un problema y la vida un interrogante. Después de seis años de intensas disciplinas de mortificación Siddhartha se convenció de lo fútil que era ese método. Con el cuerpo purificado por la abstinencia, la mente refinada por la humildad y el corazón concentrado por la soledad, comenzó a meditar y rezar. Llegaron tentaciones para distraer la atención de Siddhartha de su propósito, pero no pudieron moverlo de su determinación. Sentado bajo el árbol bodhi, Siddhartha tomó este voto: “Aunque se seque el cuerpo y los huesos y la carne perezcan en la tentativa, este cuerpo no se moverá de aquí hasta que logre la suprema Iluminación.” Se dice que pasó siete semanas bajo el árbol, y en uno de sus estados de meditación una nueva luz irrumpió en su mente. El objeto de su búsqueda ya se encontraba en su poder. Siddhartha se transformó en Buddha, el Iluminado.

Para comprender bien las enseñanzas de los grandes salvadores del mundo, necesitamos conocer las tendencias de la época en que ellos predicaron, es decir, los pensamientos prevalecientes en aquel tiempo. Sin

entrar en detalles, podemos concluir que en la época de Buddha, la gente comúnmente buscaba por medio de sacrificios y otras ofrendas ir a los cielos, a un mundo de goces. Mortificar el cuerpo era considerado como una austeridad muy grande y prevalecía el caos especulativo, lleno de teologías incongruentes. Las creencias se centraban en dogmas y credos. Las verdades de los Upanishads no estaban al alcance de las masas, y los eruditos simplemente las habían relegado.

La obra de Buddha fue hacer frente a las supersticiones, negándolas e inculcar en el hombre fe en sí mismo. Nadie puede salvar a nadie, cada uno tiene que trabajar por sí mismo para lograr la liberación; ni el oro ni la plata ni los sacrificios de animales inocentes ayudará al hombre para tenerla, fue su clara declaración. Buddha no enseñó ninguna verdad nueva, sino que descubrió lo que se ocultaba al hombre común, las verdades de los Upanishads; puso énfasis sobre la moral diciendo: "Sed buenos y haced bien." Sistematizó el sistema moral ya existente y le dio fuerza por su propia vida, limpia, compasiva y llena de ternura.

Por su propia experiencia espiritual y observación aguda descubrió estas cuatro verdades: que existe sufrimiento, que éste tiene una causa, que puede ser suprimido y existe un medio para lograrlo. A muchos les parece que la obsesión de Buddha por el sufrimiento es muy exagerada. Sin duda cada cual tiene la libertad de opinar distintamente, pero es una verdad innegable que las cosas que parecen dar felicidad al principio, al final se tornan como veneno. Por ejemplo, tomemos cualquier clase de deseo: si uno lo satisface una vez sigue necesitando su satisfacción repetidas veces y no lo deja en paz; aunque cumpliendo ese deseo sufra miseria tiene que satisfacerlo. Y en poco tiempo éste se torna en un hábito difícil de arrancar.

Hay filósofos que dicen que Buddha puso demasiado énfasis en este sufrimiento, pintando negro lo que era oscuro, y oscuro lo que era gris. Pero debemos recordar lo que Swami Vivekananda dice al respecto: "No debéis juzgar a los profetas de la antigüedad con vuestra cultura de hoy en día. Debéis, si podéis, primero, compenetraros en la época en que esos profetas vivieron; sólo entonces podréis comprender su actitud, no antes." En los tiempos de Buddha el énfasis estaba puesto sobre el goce ya fuera en la tierra o en los cielos después de la muerte. Él tuvo que imprimir en la mente de la gente que no se podía escapar de repetidos nacimientos, sufrimientos y muertes hasta que se alcanzaba el Nirvana, la liberación, y tenía que decir la verdad sin titubear.

En los Upanishads también encontramos un diálogo entre el Rey de la Muerte y un jovencito que quería conocer la verdad acerca de la vida después de la muerte. Yama, el Rey de la muerte, en lugar de ese conocimiento le ofrece todo lo que el muchacho quisiera tener: "Pídeme hijos y nietos que vivirán cien años, incontables elefantes, caballos y ganado, oro sin límite, vastas extensiones de tierra y vive tú mismo cuanto quieras. Si piensas que cualquier don es igual que éste, pídemme inmensa riqueza, y vida eterna; sé el monarca de toda la tierra. Te puedo

otorgar todo lo que quieras. Además, todos los deseos imposibles de cumplir en el mundo pídelos a tu gusto. Acepta estas doncellas junto con los carruajes y música celestiales, que son imposibles de adquirir por los mortales, y sírvete de ellos, pero no insistas en conocer acerca de la muerte." El muchacho que tenía agudo discernimiento replicó: "Todo esto lo que Tú me ofreces tiene dos días de existencia. Además, oh Rey de la Muerte, esos objetos desgastan la energía de todos los sentidos, aun la vida eterna que Tú me prometes es poca comparada con la eternidad, por lo tanto guarda contigo el baile y la música."

A pesar de esa insistencia en el concepto de sufrimiento en el mundo, no podemos calificar las enseñanzas de Buddha de pesimismo; pues en ellas vemos el deseo por que nos esforcemos en sumo grado a abandonar todo deseo. Él nos pide que nos rebelamos contra el mal y alcancemos una vida más elevada.

Buddha sostiene que la sed es la causa del sufrimiento; la sed de los goces sensuales, de la prosperidad. Los Upanishads también declaran: "Aquello que es mago es inmortal, toda otra cosa es mortal." Lo eterno sin cambio es la verdad, libertad y felicidad; por el contrario, el mundo de nacimiento, vejez y muerte está sujeto al sufrimiento. Buddha afirma que todo lo transitorio causa sufrimiento y por consiguiente, el deseo por los objetos placenteros y evanescentes no puede hacer otra cosa que hacernos sufrir. El deseo es debido a la ignorancia de la realidad. Tomar al cuerpo por real es ignorancia y debido a ésta surgen deseos en la mente, y los deseos cansan el sufrimiento.

Ser libre del sufrimiento es el objeto de la enseñanza de Buddha. La meta de la vida moral es deshacerse de toda la maldad que penetra la existencia. Liberación consiste en la aniquilación de nuestro ego. Mientras el nirvana es la meta suprema, todas las normas de conducta que conducen a él o a terminar con el renacimiento son buenas, y las opuestas, malas. El sistema formulado por Buddha para llegar a la redención del sufrimiento está libre de los extremos de la satisfacción de los deseos por un lado y de la mortificación por el otro. Buddha, después de seis años de vida ascética, descubrió que el verdadero sendero "no puede ser hallado por el que ha perdido sus fuerzas." En el primer sermón él dice: "Hay dos extremos que no debe seguir el que avanza: por una parte, la devoción habitual a las pasiones, a los placeres sensorios; y por otra, la devoción habitual a la mortificación del cuerpo, la cual es dolorosa, innoble e inútil. Hay un sendero intermedio descubierto por Tathagata - un sendero que abre los ojos, otorga entendimiento, el que conduce a la paz, a la visión interna de la suprema sabiduría, al nirvana. Por cierto, es el óctuple sendero ario, a saber, correcta creencia, correcta aspiración, correcta palabra, correcta conducta, correcto modo de vivir, correcto esfuerzo, correcto pensamiento y correcto embeleso."

Buddha ha dado el primer lugar a la correcta creencia, pues nuestras acciones reflejan nuestros pensamientos, que son equivocadas

entonces debido a las creencias erróneas. Por ejemplo, no nos damos cuenta de que el cuerpo es perecedero, por eso nos aferramos a él. Para corregir esos erróneos puntos de vista necesitamos el correcto conocimiento, el cual viene de la correcta creencia. “La correcta aspiración consiste en el anhelo por la renunciación; la esperanza de vivir en amor con todos.” El aspirante a la vida elevada abandona la idea de su individualidad y trabaja para el universo entero. Esas aspiraciones deben convertirse en acciones, deben manifestarse en la correcta habla, correcta acción y correcto modo de vida. La correcta habla se define así: “Abstenerse de la mentira, abstenerse de calumniar, abstenerse del lenguaje rudo y abstenerse de la charla frívola.”

Correcta acción es la acción sin motivo egoísta, la cual lleva a uno al correcto modo de vivir, libre de mentira, engaño, fraude y vanas sutilezas. Hasta aquí el énfasis ha sido sobre la conducta. Los últimos tres senderos, es decir, correcto esfuerzo, correcto pensamiento y correcta tranquilidad son para la purificación interna, para quitar las causas del sufrimiento. Correcto esfuerzo consiste en practicar dominio sobre las pasiones, para impedir el surgimiento de cualidades nocivas. Buddha recomienda los siguientes cinco métodos para deshacerse de una idea poco deseable que con persistencia persiga la mente: 1) ocuparse de una buena idea, 2) tener presente el peligro de las consecuencias de permitir a la mala idea desarrollarse en acción, 3) no prestar atención a la mala idea, 4) analizar sus antecedentes y de esta manera anular su impulso resultante, y 5) refrenar la mente con la ayuda del cuerpo. Pero correcto esfuerzo no puede ser separado de correcto pensamiento. Se debe controlar la mente, que juega y vaga, para evitar su inestabilidad, pues dice Buddha: “El dharma, o la religión, o rectitud, depende de la mente, y de la práctica de la rectitud depende la iluminación.”

Buddha no considera a todo éxtasis necesariamente como bueno; debe tener el correcto fin, a saber la aniquilación del deseo. Porque sabía que había gente que se dedicaba a las prácticas del yoga para adquirir poderes sobrenaturales, a los cuales advirtió que no indicaban progreso espiritual, y a menos que se aniquile el deseo no puede lograrse la liberación, o nirvana: ser libre de todo sufrimiento.

El mencionado método que Buddha recomienda para lograr ese propósito pone énfasis sobre la vida moral y abnegada. Sin la base moral ningún edificio espiritual es posible. a un hecho que Buddha lo reitera tanto por sus enseñanzas como por su vida. Los Upanishads, antes de Buddha, también han hecho hincapié en ello, diciendo: “El que no se ha abstenido de actos viciosos, de los placeres sensorios, no ha aquietado la mente y no ha podido reunirla, no puede conocer el Atman, por la mera erudición.”

Buddha prescribe algunas reglas para adquirir la moralidad. La conducta es buena o mala; la primera surge de abnegación y se manifiesta en actos de amor y compasión; la segunda tiene su raíz en el egoísmo y produce actos de malicia, venganza y cosas por el estilo. Las acciones

resultan buenas evitando las diez transgresiones, a saber, las tres corporales: homicidio, robo, y adulterio; las cuatro del habla: mentir, calumniar, injuriar y charlar frívolamente; y las tres de la mente: codicia, odio y error. Estas reglas suponen una necesidad de control de sí mismo en cinco diferentes direcciones. Quieren decir: controlad la ira, el deseo de posesiones, la lujuria, cobardía y malevolencia. Como resultado el hombre conseguirá paz tanto para sí mismo como para los demás.

Aunque Buddha no habló contra el sistema de castas, estaba contra todo privilegio. Para él todos, sin excepción alguna, podían llegar a la liberación dado que tenían o anhelaban tener las virtudes necesarias. Una de ellas es el conocimiento de lo bueno; pero este conocimiento no significa el que se obtiene por la lectura, ni tampoco el del ocultismo, sino el conocimiento cuya base es la moral, y el que entra en nuestro ser, persigue el alma y es tan querido por nosotros como nuestra propia vida.

Estas son las enseñanzas principales de Buddha, las que predicó durante casi cuarenta años viajando por la mayor parte de la India. Tuvo muchos discípulos tanto monásticos como hogareños. Swami Vivekananda hablando de Buddha dice con mucha reverencia: "Él fue el único hombre que estaba libre de todo motivo egoísta, quien de sí mismo dijo: 'Buddha significa conocimiento infinito, infinito como el espacio; yo, Gautama, he alcanzado aquel estado; vosotros también lo lograréis si os esforzáis por ello.' Libre de todo motivo egoísta, no quería ir al cielo, no quería riqueza; renunció al trono y a toda otra cosa y mendigó su comida en las calles de la India, predicando para el bien de los hombres y animales, con un corazón vasto como el océano. Fue el único hombre que estuvo siempre listo para dar su vida por los animales, para poner fin a un sacrificio. Cierta vez dijo a un rey: 'Si el sacrificio de un cordero te ayuda a ir al cielo, el sacrificio de un hombre te ayudará más; así pues sacríficame.' Buddha se yergue como la perfección del tipo activo, y la cumbre misma que él alcanzó nos demuestra que nosotros también mediante el poder de trabajo podemos alcanzar la suprema espiritualidad," concluye Swami Vivekananda.

Que podamos sentir en nuestro corazón un poco del inmenso amor que Buddha sentía y derramó sobre el mundo envuelto en el sufrimiento, y cada día podamos ser menos egoístas en nuestras vidas y así acercarnos un poco más a Dios.
